



Martín Prieto  
*Un poema pegado en la heladera*  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Blatt & Ríos  
2024  
208 páginas

PALABRAS CLAVE: PRIETO — POESÍA ARGENTINA — LECTURA AFECTIVA  
KEYWORDS: PRIETO — ARGENTINE POETRY — AFFECTIVE READING

## Solo para decirte que pegué un poema en la heladera

Yael Luján<sup>1</sup>

La poesía, reconoce Martín Prieto, ya no ocupa el centro de la escena simbólica, debido a que los sentimientos primarios —el amor, la soledad, el duelo— han migrado a otros lenguajes y ahora se los busca en las series, en las canciones y en las novelas (136). Sin embargo, lejos de renunciar a ella, propone otra forma de habitarla: pegarla en la heladera. En *Un poema pegado en la heladera* emprende una misión particular, organizada en veintitrés piezas breves a las que denomina “noticias”: la de dictar clases de apreciación de poesía que funcionen para preservar el género. Cada uno de los apartados del libro, que por momentos oscilan entre el análisis agudo de los textos y la construcción de un relato personal, parecen surgir de un deseo del autor de que la poesía no se apague y terminan postulándose, diría que inevitablemente, como narraciones de escenas de lectura o historias de vida.

---

<sup>1</sup> Estudiante del profesorado en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ayudante estudiante en la materia Taller de oralidad y escritura del Departamento de Letras. Contacto: [yaelluj4n@gmail.com](mailto:yaelluj4n@gmail.com)

A diferencia de textos que enseñan a leer poesía desde la teoría o la técnica, Martín Prieto introduce la reflexión a través de lo cotidiano. Sin la necesidad de partir de conceptos grandilocuentes, establece lecturas desde la sensibilidad, por medio de recuerdos, anécdotas y la recuperación de conexiones entre autores. Antes que un saber, transmite una forma de acercarse a la poesía, de relacionarse con ella, de volverla parte de nuestra vida diaria. Su conocimiento está ahí, por supuesto, pero no se impone. Menos desde lo solemne y más desde lo accesible, los lazos que el autor traza entre los textos no parecen responder a una motivación académica específica, ni buscan ordenar un canon, sino que siguen una lógica otra, íntima, propia del entusiasmo que nos invade cuando hablamos de lo que nos gusta.

Si nos preguntamos ¿por qué un poema de Denise Levertov puede traer a la memoria a Juana Bignozzi?, el libro nos responderá que lo que une a las autoras no es una corriente estética, sino algo más bien invisible, algo que se activó en la mente de Martín Prieto mientras leía. Lo anecdótico, parte fundamental de su experiencia lectora que parece atravesar las distintas “noticias”, no es un simple recurso estilístico sino el modo en que la poesía se activa, se encarna, recupera su centralidad. Es, en efecto, una estrategia de transmisión: Martín Prieto ofrece historias, el relato de situaciones significativas y, más que solo teorizar sobre los textos, revela otro modo de pensar la literatura.

La función de la anécdota no es decorativa, sino estructural, organiza la lógica interna del libro: forma parte de cómo se construye el sentido y de cómo se articula la relación entre el autor y los textos. Ahora bien, en la configuración de *Un poema pegado en la heladera* pueden rastrearse al menos dos tipos de anécdotas: por un lado, aquellas en las que el propio Martín Prieto es protagonista o testigo; por otro, las que refieren a episodios de la vida de los autores que recupera. No se trata de leer a los escritores solo a través de sus textos. Se vuelven igualmente relevantes sus gestos, las escenas particulares que los involucran, sus vestimentas y algunos detalles de su intimidad que podrían parecer banales hasta que son narrados y, así, cargados de sentido. Señala de un interés específico, podríamos decir, en la consideración de los autores como figuras situadas, mundanas, y, por sobre todas las cosas, vivas.

La noche que conoció a Alberto Girri, por ejemplo, es reconstruida de la siguiente manera con un notable hincapié en su porte: “Girri (...) llevó su mano derecha al bolsillo interior del saco, extrajo una cigarrera de metal —que yo imaginé de plata—, la abrió, me ofreció un cigarrillo y tomó otro para él. Esa misma noche —cómo no— soñé con Girri” (41). Martín Prieto construye una imagen del poeta desde “su pinta de actor”, casi cinematográficamente. Lo carga de presencia escénica a tal punto que lo que podría ser un mínimo encuentro se transforma, y su figura persiste, entonces, hasta el espacio del sueño. En el recuerdo de los Beceyro, por otro

lado, el componente anecdótico parece funcionar como una cápsula de tiempo: es la acción de ver una botella de vino la que reactiva todo un pasado cargado de literatura y viajes. La familia del director de cine aparece, no por una labor en tanto escritores, sino porque mediante su recuperación también se reconstruye un ambiente literario, de amigos que leen y conversan. Lo comunitario, a su vez, se cuele en aquella cita del poema de Inchauspe (“Adentro/ mi hijo pequeñito duerme todavía/ duerme y sueña y vuela./ Yo en cambio sigo aquí/ encadenado a esas palabras que no vienen” [73]) que todos aprenden de memoria a modo de oración litúrgica, lo que evidencia la potencialidad de la poesía para construir rituales casi sagrados, aunque menos por su solemnidad que por el hecho de vivir y respirar en conjunto.

En “Nuestras propias novedades” el autor hace el ejercicio de preguntarse por qué él y sus amigos no fueron a ver a Borges el día que estuvo en el Jockey Club de Rosario en 1985. Aquel episodio lo remite a un recuerdo no tan lejano: un grupo de jóvenes va a ver a un poeta que en su parecer no es muy bueno, pero lo hacen en nombre de la camaradería. Ahí agrega: no fueron a ver a Borges porque este no era amigo de ninguno de ellos (88-89). Prieto deja entrever sus ideas a partir de las situaciones que elige para dar forma a sus análisis, y en este acto consigue dar cuenta de lo que puede pasar cuando le permitimos a la literatura quedarse en nosotros, cuando acortamos las distancias y la dejamos convertirse en parte de nuestra cotidianidad, de nuestra vida. El título del libro, por otro lado, también remite al emblemático poema pegado en la heladera de Williams Carlos Williams, que expresa: “Sólo para decirte/ que me comí/ las ciruelas/ que estaban en la heladera/ y que/ probablemente/ guardabas/ para el desayuno/ Perdóname/ estaban deliciosas/ tan dulces/ tan frías”. Y la imagen de la heladera se abre paso, en este sentido, como una superficie de memoria y también de afecto: es donde conservamos los alimentos y también donde encuentra un lugar aquello que no queremos olvidar, ya sea una receta, el dibujo de un sobrino, la foto de un cumpleaños o los horarios de un nuevo trabajo. Porque en última instancia, el acto de pegar puede leerse como una operación de conservación, un gesto que implica cargar al objeto de una importancia tal que se vuelve necesario sostener su presencia diaria, disponerlo en una superficie para así poder mirarlo todos los días.

El libro postula un modo de adentrarse a los textos ligado a la convivencia, hacer parte de nuestra vida a los poemas de la misma manera que hacemos con, si se quiere, una factura de gas. Porque la poesía, para el autor, no se separa de lo cotidiano, los fragmentos no aparecen como citas sueltas o ejemplos funcionales a un análisis, sino que cada poema está atravesado por circunstancias vitales concretas, e incluso, algunos versos son valorados en particular dado que, según sus propias palabras, le ofrecieron algo “ya no para la literatura sino para la vida entera” (198). En el apartado “Las zonas particulares”, se habla de Elvio Gandolfo haciendo

hincapié tanto en su obra poética como en el relato de haberlo conocido en persona, en aquel bar Savoy venido a menos; allí, lo realmente importante, es la admiración que le despierta a Prieto su figura (18-19). Y, de la misma manera, en un acto que podríamos catalogar de posicionamiento implícito contra la solemnidad, frente a un Juan Gelman que encarna la nostalgia de un pasado político, en “Afuera de la realidad” Prieto parece elogiar la resistencia —cifrada en la elección de utilizar campera y corbata, una mirada vivaz y un repertorio de frases llenas de jerga— de quien aparece como un hombre común y afirmado en el presente: Leónidas Lamborghini (125-127). Los poemas y reflexiones que componen el libro son extraídos, en cierta medida, de la experiencia, y esto, a su vez, nos permite reconstruir una forma particular de concebir a la lectura: ya no ligada a la autonomía del arte o a una acción que se produce al resguardo del mundo, sino como algo que se articula con un sinfín de gestos cotidianos.

*Un poema pegado en la heladera* también puede leerse como un testimonio de esa lectura, la memoria de un lector que se despliega en forma de clases pero que no oculta su entramado personal. La ciudad de Rosario, que aparece como fondo geográfico compartido de muchos de los recuerdos que estructuran al libro, opera también a modo de trama: ahí están los bares, las conversaciones, las librerías de usados, los encuentros entre poetas, y lo más importante, los amigos. Lo que Martín Prieto pone en juego en su forma de enseñar poesía no es sólo un saber técnico, sino una manera de vincularse con los textos desde otro lado, al trazar un recorrido lector que también puede considerarse un mapa hecho de afectos. Esto, al articular el conjunto de textos casi como un archivo emocional en el cual los poemas están ahí porque importan, porque marcaron algo en la vida del autor, y más que nada, están ahí desde una concepción de la poesía no en tanto instrumento de contemplación sino como una manera de estar con otros, de armar un mundo con ellos.